

actual de un conocimiento más completo del género filosófico de nuestro siglo. Conceptos tradicionalmente arraigados en nuestro itinerario filosóficos como persona, ser, alma, conciencia, espíritu adquieren en cierto modo perspectivas y matices nuevos a la luz de los planteamientos del texto. Los pensadores japoneses que desfilan en el libro de la mano del profesor González Valles proporcionan al lector occidental, instalado entre «la muerte de Dios» y el fragmento de la postmodernidad, un enfoque particularmente valioso en relación con categorías de naturaleza ética (asunto del dolor, la compasión y el sufrimiento universales), que a la vez demuestran en sí en qué consiste una «estética del pensar». (ética y estética son una y la misma cosa, dice Ludwig Wittgenstein en el *Tractatus*).

El libro se cierra con un adecuado apéndice esquemático que interrelaciona datos de contenido historiográfico de diversos procesos culturales del Japón y el pensamiento occidental. Termina por constituirse así un volumen especialmente apropiado para todo investigador que quiera internarse en serio en el eco que despierta Japón en nuestro medio filosófico y religioso. Creemos que en futuras bibliografías sobre filosofías extraeuropeas este título siempre resultará indispensable mencionar.

Mario Boero

Starobinski: la historia de las palabras

Repetidamente, a lo largo de una extensa carrera, Jean Starobinski se ha interesado por la historia semántica de las palabras. No se trata de una investigación etimológica, pues la etimología busca el origen de las significaciones y lo compadece con su deriva, a sabiendas de que el origen es pura pérdida irreparable («Somos el origen de nuestra búsqueda del origen», afirma Starobinski al terminar su texto); la empresa starobinskiana es otra: la historia de las palabras. Esta historia no sólo supone un deslizamiento a través del tiempo sino que implica la presencia de esa otra gran fuerza que sirve para perfilar la historia de cualquier objeto: el olvido.

En efecto, la significación de una palabra es un tesoro de señales pero también un sepulcro de amnesias. El historiador de la palabra se preocupa por convertir el olvido en memoria y así «obligar» a decir a las palabras lo que éstas callan cuando dicen algo. Al atacar la pareja acción-reacción¹ Starobinski cumple un ambi-

¹ *Jean Starobinski: Action et réaction. Vie et aventures d'un couple, Seuil, Paris, 1999, 450 pp.*

cioso ejercicio de restauración histórica que se remonta a la tardía Edad Media. Porque, curiosamente, a pesar de que *agere* (actuar, empujar hacia adelante, conducir una tropa de animales, etc.) existe en latín clásico, su contrario, *reagere*, no se documenta hasta los siglos XII y XIII, es decir en plena eclosión de lo que más tarde denominaremos modernidad.

Debemos a Alberto Magno la introducción de la dichosa palabra en un intento de latinizar el verbo *antikinein* que ya empleó Aristóteles para explicar cómo se «reacciona» ante percepciones extraordinariamente fuertes. Pero el hallazgo tardomedieval tiene un valor añadido, ya que la modernidad es, entre tantas otras cosas, una visión dinámica de la historia, a veces entrelazada con una visión dinámica de la naturaleza, que le sirve de modelo o de lienzo para proyecciones. La pareja acción-reacción difícilmente podría haberse fraguado en un contexto de pensamiento clásico, de oposiciones estáticas. Más bien tiende a la dialéctica, que se define en la segunda mitad del XVIII, con Diderot, los geómetras y los metafísicos, cuando se admite que acción y reacción se influyen mutuamente, siendo la una indispensable a la otra, y echando los fundamentos de la dialéctica hegeliana entre lo uno y lo otro como términos de un proceso interminable de perpetua definición y redefinición de sus contradicciones.

Reaccionar es resistir y producir una acción opuesta a la acción primaria. De algún modo, toda la química moderna parece haberse edificado en torno a la categoría de reacción. Pero antes, más ampliamente, sirvió para explicar toda la fenomenología de la vida como un juego de simpatías y analogías, o como un aparato de estímulos y secuelas mecánicas, como una geometría de fuerzas. No faltan, desde luego, efectos religiosos de la pareja famosa, en tanto la fuerza universal que actúa y que necesita de una fuerza contraria que se le resista para darle realidad, es una imagen de la dinámica universal, del orden, de aquello que religa a cada fenómeno puntual con la totalidad.

Desde luego, la oposición dinámica remite a la visión del mundo como proceso, eventualmente como progreso. La acción impulsa hacia adelante, lo cual supone que existe tal adelante, real o imaginario. La reacción pone palos en la rueda que avanza por el camino y, queriendo enervar la acción, en realidad la somete a prueba y le permite medir sus fuerzas contra la inercia de lo dado.

Este deslizamiento puede justificar el sesgo que las palabras reacción y reaccionario toman a partir de la Revolución Francesa, en el sentido de que las fuerzas reaccionarias intentan restaurar un estado de cosas cancelado por la historia. La calificación de reaccionario se

torna despectiva y sirve de acusación fácil a todo lo molesto para la ortodoxia revolucionaria, hasta caer en la trivialidad.

La pobre reacción, a pesar de que tuvo valedores ilustres como Burke o Chateaubriand, no ha conseguido buena prensa y su desdicha no es del todo justa. Por ejemplo: Bichat definía en el siglo XVIII la vida —nada menos— como el conjunto de reacciones contra la muerte. La afirmación por antonomasia, el querer subsistir, el conato de Spinoza, el ansia de inmortalidad, sería todo ello reaccionario, un combate incesante contra la desaparición, que se convierte, de este modo, en el meollo de la acción y del avance: ir hacia el horizonte de la muerte.

Con paciencia suiza, Starobinski se mete hasta el codo en un océano de fuentes que no categoriza por géneros: textos filosóficos, científicos, literarios, ensayos de psicología, novelas, discursos políticos y versos sueltos le valen para encarar

su gran objeto: el decir. Así consigue seguir la pista de la pareja no donde él quiere que llegue sino donde la misma deriva, a menudo laberíntica, de sus pasos, lo conduce. Es casi una tarea detectivesca, porque tiene mucho que ver, según dije al principio, con lo oculto y disimulado, con lo dicho sin decir y el olvido.

El resultado de la búsqueda es una fascinante constancia: la modernidad concibe el mundo, tanto en lo natural como en lo social, según un modelo dinámico. Todo se mueve en un juego de oposiciones que proponen guerras y conciliación, desafíos y encuentros amorosos, como en una novela de aventuras que enmascarase a una epopeya. A pesar de que su trabajo es de minucia textual, lo que el maestro de Ginebra consigue es darnos un enésimo *tableau* del universo.

Blas Matamoro